

Châtillon, á quien olvidé, me parece, en la última carta.

Te beso mil veces.

A propósito; no vi en Brujas ni una sola circasiana.

XI

LAS DUNAS

A las 5 de la tarde, 1.º de septiembre, Dunkerque.

Querida esposa, estoy en Dunkerque y aun no tengo carta tuya. He llegado, la oficina de la lista de correos estaba cerrada y no se abrirá hasta las dos. Juzga de mi impaciencia. Para engañar el aburrimiento que me invade, te escribo. Será otra manera de ocuparme de ti, menos agradable, pero también dulce.

Mis aventuras han empezado esta mañana. Desde Gante (mi última aparición en Gante, se entiende) hacía el viaje en una especie de cabriolé-cucú, cuyo cochero, un pobre diablo picardo dejado en Gante por ciertos ingleses, estaba contentísimo de regresar á Francia con un viajero. A mí la cosa me parecía de perlas. Las diligencias y la posta van demasiado deprisa; las pequeñas jornadas, los viajes lentos, los caminos vecinales, los itinerarios improvisados por el capricho, según la iglesia ó la torre que se divisan al horizonte, son los que convienen á mi temperamento; así hago un viaje al campanario, mas á mi manera.

Iba andando, pues, tranquilamente con mi cochero picardo, especie de personaje grotesco muy divertido, del que te hablaré tal vez más tarde, si al-

gún día no me falta el papel, como la tierra á Regnard en su viaje á Laponia. Creía entrar en Francia en *aquella carroza*; pero en Furnes, no sé qué accidente ocurrió al cabriolé que exigía un día entero de reparación. Yo tenía mucha prisa por llegar á Dunkerque para esperar. Me decidí á separarme de mi picardo y á buscar asiento en el tremebundo patache que los naturales del país denominan *diligencia*, pues todavía no hay carretera entre Furnes y Dunkerque; ahora la están construyendo. Otro acontecimiento. «La diligencia» estaba llena. No había medio de penetrar en ella. La delantera estaba invadida, y los seis asientos del interior estaban ocupados por seis popas flamencas de las mejor acondicionadas. ¿Qué hacer? Me ofrecían una vieja silla para correr la posta; mas para *correr la posta* se necesitan primeramente dos cosas, una silla y un camino; la silla existía, pero no podían terminarme el camino hasta dentro de dos meses. Ahora bien; considerando el horrible cúmulo de pantanos, barrancos, charcas, pozos y trampas de lobo, que llaman actualmente carretera, no se puede comprender como esta magnífica frase: *correr la posta*, haya podido germinar en semejante surco.

No tardé en decidirme. No deseaba otra cosa que andar, y sólo hay siete leguas de Furnes á Dunkerque por las dunas. Y resolví andarlas á pie. En primer lugar era indispensable, y luego debía tener constantemente el mar ante los ojos, y después mi saco de tela, mojado por el temporal de Ostende, tenía gran necesidad de secarse completamente con una ráfaga de aire y con un rayo de sol. Al cabo no se trata más que de siete leguas. Confié, pues, mi corto equipaje al conductor para aligerarme de él. Y aquí otro accidente.

La diligencia, que estaba llena de viajeros, lo estaba también de líos. La vaca de cuero, arrollada en el

imperial, podía contener apenas un enorme vientre de objetos y quedaba tirante como el chaleco de un burgomaestre. Había que incluir mi paquete en el *interior* de la diligencia. El conductor se arriesgó á deslizarlo tímidamente en la delantera. Y empieza á protestar una gran dama, una gran dama seca, flaca, fea, coqueta, vestida de color de pulga tornasolado, la cual tenía un no sé qué de indefinible en la mirada y de indescifrable en las maneras. La respetable viajera sostenía que tenía piernas y que el paquete la incomodaba y molestaba. Gritos en la diligencia. Un caballero apoya á la dama. Un caballero encarnado y galante, con pantalón color de yesca, abrochado y descotado, con levita de invierno y corbata de verano, que tenía algo de Colín y un no sé qué de Pedro el Grande. Aquella mezcla de tártaro y de pastoril le daban algún derecho al corazón de la dama y no carecía de gracia en la delantera del patache. Y, además, había una secreta afinidad entre aquel pantalón yesca y las piernas de la viajera. Sólo faltaba un pedernal. ¿Quién sabe? Tal vez mi paquete realizó aquel oficio. Lo cierto es que brotó la chispa.

Las buenas gentes pusieron el grito en el cielo. Pero el conductor se mantuvo tieso. La moneda de treinta sueldos, que ablanda á los sacristanes, endurece á los conductores. Mi paquete se mantuvo triunfalmente á los pies de todo el mundo, y la gran dama indescifrable tuvo que resignarse, con púdico rubor, á tener camisas de hombre entre las piernas.

Yo asistí á esa tempestuosa escena con impasibilidad. Estaba seguro de las virtudes de mi moneda de treinta sueldos; y la buena dama se daba perfecta cuenta de que había empleado aquel maquiavélico medio para llevar á buen término mi intriga.

Por fin se pusieron en camino por su lado, y yo por el mío.

He pasado cinco horas en recorrer las siete leguas. Saliendo de Furnes á las diez y media de la mañana, he llegado á Dunkerque á las cuatro y media, y me he detenido una hora en el camino. En realidad he dado un admirable paseo por la arena, entre dos mareas, con un hermoso tiempo de nubes y sol.

Delante y detrás de mí las dunas se fundían en las brumas del horizonte con las nubes cuya forma tienen. El mar estaba perfectamente risueño y tranquilo, y la espuma del oleaje, blanca y chispeante al sol, dibujaba á lo largo de la orilla una orla de adornos vermiculados y arabescos cien veces más delicadamente esculpidos que todos los amanerados techos del siglo XVIII. Cuando el mar quiere labrar el género barroco, llega á gran altura. Las confiterías Pompadour le han usurpado sus conchas.

De vez en cuando pasaba una blanca gaviota, ó un gran cormorán que volaba poderosamente por el aire con sus alas grises de puntas negras. Y á lo lejos veíanse algunas velas, de todas formas, de todos tamaños, de todas complicaciones, las unas deslumbrantes de blancura sobre los oscuros bancos de nubes del horizonte, y las otras sombrías sobre los claros del cielo. Algunas vinieron con gran complacencia mía á pasar cerquita de mí, costeando la duna con una suave brisa que las hinchaba blandamente y me traía la voz de los marineros. En la soledad en que me hallaba, aquellas velas tan bien cortadas, tan bien dispuestas, tan bien modeladas por el viento, tan bien pintadas por el sol, eran como encantadoras apariciones, y yo me admiraba de que pudiera hacerse una cosa tan agradable, tan fina, tan graciosa, tan delicada, con tela de rodilla.

Alguna vez me volvía á contemplar la tierra, que estaba también hermosa. Las grandes praderas, los campanarios, los árboles, el mosaico de los campos

labrados, el recorte recto y plateado de un canal por donde se deslizaban lentamente otras velas, el mugido de las vacas que se ven á lo lejos, en el prado, como pulgones en la hoja, el ruido de las carretas en la carretera, que no se veía, todo me llegaba á un tiempo á los ojos, á los oídos y al espíritu. Y luego daba media vuelta y volvía al Océano. ¡Qué hermoso es un paisaje semejante completado por el mar!

A trechos encontraba un pobre techo de paja, cuya chimenea, destartada por los grandes vendavales, humeaba por entre las dunas, y luego un grupo de niños que jugaban. Pues es uno de los aspectos simpáticos del viaje en esta estación, que á la puerta de cada cabaña hay un niño. Un niño de pie ó tendido, acurrucado, vestido de fiesta, desnudo, lavado ó sucio, amasando la tierra, patullando en las charcas, unas veces riendo, otras llorando, siempre exquisito. A veces pienso con tristeza que todas esas deliciosas criaturitas se convertirán un día en feísimos campesinos. Esto proviene de que Dios los empieza y los acaba el hombre.

El otro día vi una cosa deliciosa. Mira tú, querida esposa. En el umbral de una casucha, había un niño que tenía los zuecos en ambas manos, y me miraba pasar con sus grandes ojos llenos de sorpresa. A su lado había una niña no mayor que Dédé, que llevaba en brazos un rollizo rorro de diez y ocho meses, el cual estrechaba entre los suyos una muñeca. Tres pisos. Suma total, treinta y dos pulgadas de altura.

Todos esos niños juegan y ríen al sol, y regocijan el alma del viajero.

Ya comprendes, Adela mía, que mi viaje por las dunas no me ha cansado. Yo andaba tranquilamente, mirando y meditando, subiendo y bajando sin cesar, con los tacones hundidos en la arena, arrancando de vez en cuando una espiga de cizaña cuando no había

ni casa, ni duna, ni vela en el mar. Mientras iba fantaseando en todo y en nada, me he figurado que la gran dama que no quería mi paquete era la señora Trollope que hacía su viaje por Bélgica.

Dos buques pasaron tan cerca de mí que pude leer su matrícula. El uno era *La Perseverancia*, de Dunkerque, y el costero C. 76.

Haría como dos horas que andaba, cuando de pronto vi á mi izquierda un pobre montón de cabañas, y en la misma duna una especie de casucha abierta, cuya fachada ostentaba esta inscripción: DROGAS Y LICORES. Conocí que estaba en Francia.

Estaba en Francia, estaba en presencia de un *droguero francés*. ¡*Di tanti pa-alpiti!*

En aquel momento de emoción se me acercó un aduanero rogándome cortesmente que pasara á la oficina. La visita de inspección fué pronto hecha. No llevaba equipaje de ninguna clase. Exhibí mi pasaporte y me dejaron pasar. Y el caso es que en la cartera llevaba la contravención.

Me detuve en la taberna de la aldea. Tenía sed y bebí algunos vasos de cerveza. Como es una especie de fondeadero, esperaba hallar ocasión, que busco desde Amberes, de embarcarme, pues me falta una pequeña excursión por mar para completar mi viaje. Pero no me salió bien. No había ni un solo pescador en aquel puerto de mar, no había más que trajineros.

Allá va una conversación de trajineros que he recogido mientras bebía la cerveza. Te la envío para que sirva de *pendant* al diálogo de viajeros que te he taquígrafado ya. Figúrate cuatro blusas azules que beben.

—¡Tiempo más perro! ¡No poder cargar! ¡Y entretanto vamos comiendo aquí mis caballos y yo!

—¿Qué quieres? ¡Ni un soplo de viento! Hace seis semanas que tenemos barcos á la vista. Pero sin vien-

to. Están clavados. ¿Cómo vamos á cargar? Tiene que cambiar el viento.

—Yo daría seis escudos para que el viento cambiase.

—Ya lo creo. Los barcos no pueden entrar.

—Tengo ganas de marcharme á San Quintín.

—¡A San Quintín! Te comerás más de sesenta francos por el camino, yo te lo aseguro.

—¡Habrase visto tiempo más perro, por vida mía!

Yo, entretanto, me hacía la siguiente reflexión. Que hay albergues que se llenan, bolsas que se vacían, trajineros detenidos, negocios obstruidos, comerciantes inquietos, penuria, quiebras tal vez. ¿Y á causa de qué? A causa de ese buque que se ve allá abajo, estancado en el horizonte. ¿Y de qué depende ese buque? De un soplo de aire, de una nube.

Ríanse ahora de los poetas que tienen el espíritu entre las nubes; me parece que los hombres de negocios no harían mal en ascender hasta ellas alguna vez.

Nuestros pobres amasadores de sociedades que no sueñan más que en lo útil y que se burlan como cosa poética é *inútil* de la luna, de las nubes y de Dios, no imaginan que la luna regula las mareas, que las nubes gobiernan el comercio, y que Dios suspende en todas partes las especulaciones á los caprichos del agua y del viento.

A las cuatro y media estaba en Dunkerque. Ya te he dicho mi decepción. Mas espero aún. He visitado la ciudad, que es insignificante. Hay una hermosísima torre del siglo xiv, cuya cúspide están estropeando ahora con una estúpida balaustrada de caladas X pegada al macizo de la construcción. No he visto nada más feo.

Por lo demás, he encontrado mi equipaje en buen estado, no obstante el furioso pisoteo de la señora Trollope.

Aquí me tienes, pues, de regreso á Francia. Del 10 al 15 estaré en París. Busco ocasión de embarcarme; hecho lo cual, volveré bridas. Grande será mi gozo al volveros á ver, Adela mía, y á ti antes que todos.

He pasado diez y siete días en Bélgica. En diez y siete días he visto y registrado, bastante profundamente según creo, el Hainaut, el Brabante y las dos Flandes. He hecho una pequeña excursión á la Campiña. Clasificando las ciudades según el arte, he visto cinco de segundo orden, Mons, Liej, Audenarde, Courtrai y Furnes; ocho de primer orden, Bruselas, Malinas, Gante, Brujas, Louvaina, Yprés, Tournai, y por encima de todas Amberes, ese magnífico grupo de edificios que, visto geométricamente, tiene la forma de un arco tendido, cuya cuerda sería el Escalda; Amberes, esa pistola que Napoleón deseaba tener constantemente apuntada al corazón de Inglaterra; Amberes, esa noble capital del arte flamenco, que puede decir: —Aquí están los huesos de Pedro Pablo Rubens, senador de esta ciudad.

Salí de Francia por el campo de batalla de Denain, y regresé por el campo de batalla de las Dunas. Todo el reinado de Luis XIV cabe entre estos dos paréntesis.

Tocan las siete y corro á buscar tus cartas.

A las 8 de la noche.

Gracias, mi adorada Adela, gracias sobre todo de lo que hay de bueno y agradable en la manera con que borras lo que llamas *tus pequeñas reconvenciones*. Dos semanas aún, ni siquiera dos semanas, y nos veremos.

Da las gracias en mi nombre á tu buen padre. Ya sabe, y así me lo figuro, cuánto le quiero. No podía darme gusto mayor que escribirme algunas líneas, tan bonitas y tan salidas del corazón. Dile, puesto que se interesa por ello, que el viaje me ha sentado bien. Mis ojos van mejor. Voy siendo un hombre. Ya leo sin anteojos.

Voy á escribir á mi Didina, que recibirá la carta separadamente y cuyas dos simpáticas cartitas me han hecho feliz. Encárgate de decir á mis dos pequeños y queridos laureados Carlos y *Totó*, cuán contento he quedado de sus notas. Estoy entusiasmado con los detalles que me da Charlot, entusiasmado de que *Totó no tenga ya dolor de cabeza*, y que los alumnos hayan ocultado, mas no con sus semblantes, según imagino, lo que ofrecía de incompleto la magnífica decoración de M. Morín. Dile esto á Charlot, y bésalos á entrambos, como también á mi pobre Juju. Besa también á la señorita Dédé, que ha sido tan amable de escribir á su papaíto.

La carta para Didina seguirá de cerca á ésta. Hasta muy pronto, mi adorada Adela. Del 10 al 15 estaré en París. Os abrazo á todos. Primeramente he leído mi paquetito en el mismo correo, ávidamente, preguntando al empleado si estaba todo; luego he ido á releerlo junto al mar, en el extremo de la estacada, con una deliciosa brisa de tarde que me volvía suavemente las hojas entre las manos. Cuando han encendido la farola á mi lado, aun procuraba leer.

Te abrazo, Adela mía. Ahora tengo que escribir en *Gisors*.

Parto, y creo que no podré echar esta carta al correo antes de Calais ó Boulogne.

¿Y ese pobre Fossombroni? ¡Qué desgracia!